



NÚM. 4.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

3 DE FEBRERO DE 1868.

PROVINCIA.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: tres meses 50 rs.; seis meses 3 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

TIEMPOS PREHISTÓRICOS.

LAS HABITACIONES LACUSTRES.

Las ciudades lacustres de la Suiza, que han sido hasta ahora las que se han estudiado con más detenimiento, facilitaron base para obras de distinta índole, pero ninguna de insignificante valor: el profundo Rüttimeyer, ha escrito dos libros relativamente á los restos orgánicos en aquellas encontrados: titúlase el primero, *Untersuchung der thierreste aus den Pfahlbauten der Schweiz*: «Ensayo sobre los restos animales de las habitaciones sobre pilotes en Suiza, 1860.» El segundo, *Die Fauna der Pfahlbauten in der Schweiz*: «La Fauna de las habitaciones sobre pilotes en Suiza.» M. Heer ha examinado las habitaciones lacustres bajo el punto de vista de la Flora. M. Desor desde el de la cronología, deteniéndose también en el examen de las cuestiones etnográficas, mientras M. de Fallenberg analizaba los bronceos desenterrados.

En el curso de estos estudios, extendidos ya á casi

toda Europa, se han producido observaciones de grandes alcances, estableciéndose principios que influirán poderosamente sobre las teorías históricas. Los problemas referentes á las emigraciones de las razas, á los habitantes autoctones de la Helvecia, de la Lombardia, de las Islas británicas y de otras comarcas europeas, si no están resueltos definitivamente, por lo ménos se hallan en vías de serlo, gracias á los descubrimientos que cotidianamente se están verificando. Es esta una obra de patriotismo y de civilización. Las ciudades lacustres, que parecen determinar en Europa la conclusion de la edad



Una expedición de Gedres.

neolítica (de la piedra pulimentada), son un libro precioso, en cuyas páginas se halla escrita, con caracteres indelebles, la manera de ser de nuestros antepasados.

Los crannoges de la Irlanda y de la Escocia, muchas veces mencionados en las antiguas crónicas indígenas, como islas fortificadas, están aclarando puntos oscurísimos de la historia primitiva de aquellos aborígenes. Las *Marniere* y *Abilazioni lacustri* de la Lombardia, dándose la mano con los *Pfahlbauten* helvéticos, son otros tantos jalones que guían los pasos del etnógrafo y del arqueólogo.

A los que puedan todavía mostrarse remisos ante los hechos afirmados, preciso será recordarles que la historia nos habla, en más de una ocasión, de pueblos lacustres, y que viajeros de crédito afirman haberlos observado, en nuestros mismos días, en puntos remotos del globo. En Herodoto, Suidas é Hipócrates, pueden leerse pasajes referentes á esta clase de moradas, y admitido está que la representación de ellos se distingue en los bajo-relieves descubiertos en Nínive por M. Layard. También en la columna de Antonino, en Roma, se ha señalado el simulacro de moradas circulares, semejantes á las de las ciudades lacustres: actualmente pueden verse en las ansas del mar Negro, en el lago Prasias (Salónica), en Nueva Guinea, en Célebes, Joló, Aram, Mindanao, islas Carolinas y en otros parajes. Asimismo se ha notado que las ciudades de Tcherkask y de Borneo, están construidas sobre pilotajes, y creemos que nuestros lectores recordarán las distintas opiniones que hacen derivar el nombre de Hispalis (Sevilla) de la circunstancia de haberse empleado gran número de estacas en dar solidez á su emplazamiento.

A fin de que se alcance la importancia de las ciudades lacustres suizas, diremos que sólo en el lago de Constanza, se han hallado más de treinta estaciones pertenecientes á las dos épocas de la piedra; en el de Neufchatel, doce; en el de Lemán, cuatro; en el de Morac, una. También se han observado en los lagos más pequeños, como el de Bienne, Pfeffikon, Inkwy, Moosseedorf y Nussbaumen.

A la edad del bronce corresponden numerosas estaciones en los citados lagos, y á la edad del hierro se han atribuido algunas.

En la Lombardia continúan explorándose, y en Escocia son muchas las que á esta fecha han sido reconocidas por aquellos arqueólogos. Respecto á Irlanda, los *Proceedings of the Royal Irish Academy* (Actas de la Academia Real de Irlanda), contienen preciosas memorias sobre los peculiares de aquella comarca, ilustradas por los Wilde, los Reeves y los Shirley, quienes, en unión con M. Joseph Robertson, M. Digby Wyatt y otros eruditos, han conseguido atraer la curiosidad de los anticuarios sobre esos restos venerandos de remotísimas civilizaciones.

Las armas, los instrumentos y objetos de uso doméstico, como cuchillos, punzones, amuletos, brazaletes, agujas; los productos cerámicos, los restos animales utilizados por la industria incipiente, los fósiles de la Fauna y de la Flora contemporánea de aquel ciclo, merecen toda nuestra atención, y como ántes dijimos, han de contribuir á esclarecer muchos problemas.

No es nuestro intento, ni entra en los límites de este artículo, ni la descripción de los *Pfahlbauten* y *Crannoges*, ni la de las diferentes clases de objetos que suelen suministrar unos y otros. Trabajo es este en que hace tiempo nos ocupamos, pero que no queremos dar al público sino después de mayores investigaciones. Hoy por hoy, es nuestro único intento llamar la atención de nuestros conciudadanos hacia esta sección especial de la arqueología prehistórica. España, donde se hallan marcados los pasos de la humanidad en remotísimas edades, debe, á su vez, haber conocido ese modo de habitabilidad. Sospechamos que alguno de los lagos de Galicia ha de contener estaciones humanas; pero, faltos por ahora de medios de comprobación, nos contentamos con estampar la

especie, y sólo aspiramos á extender el círculo de lo que de estos asuntos se preocupan, con el fin de ir formando una opinión favorable á este linaje de estudios.

Terminaremos este bosquejo, anunciando á los que quieran examinar objetos lacustres, la existencia de una colección, traída del palafito de Gorgier Saint-Aubin por el ilustrado catedrático de la universidad central, Sr. Vilanova, y la cual, convenientemente clasificada, ha sido cedida por su dueño al museo arqueológico nacional, para que puedan disfrutarla allí toda clase de personas. En ella figuran objetos de varias clases, armas de piedra, mangos de asta de ciervo, frutos y otros restos antiquísimos, que no dudamos fijarán las miradas de los hombres estudiosos, haciéndoles levantar el ánimo á consideraciones del más noble carácter (1).

F. M. Tubino.

MADRID.

(Continuación.)

III.

Dejando á un lado el origen de Madrid, vamos á seguir el curso de nuestras observaciones, como se sigue la corriente de un río, que deposita en un lago el tributo de sus aguas. El río es la historia, el lago es Madrid; la primera deposita en el segundo sus hechos, para formar un todo que hoy llamamos *córt*; y la que siempre ha llevado el ilustre nombre de villa; su lago, por desgracia, no se petrifica. La piedra es la eterna rival del ladrillo. Cimiento de arena, edificio de paja. Madrid no tiene carácter, porque no es de piedra.

Cuatro grandes épocas forman la vida de este pueblo, que ha crecido fenomenalmente en razón inversa de sus condiciones. La época árabe; la época de los reyes castellanos; la época austriaca y la época borbónica.

De la primera nada podemos decir. Nosotros no consideramos á Madrid sino de un modo artístico y filosófico, y mal estaría en nuestro propósito presentar una historia en pequeño, cuando lo que no queremos hacer es historia. Lo más vivo, lo más latente, lo más constante que queda de aquella dominación, es el nombre etimológico de *Madrid*. Para nosotros, los árabes son los padres de este nombre; mas atrás está lo desconocido.

Ahora detengámonos un poco en la dominación de los reyes castellanos. La arena aquí toma forma, el ladrillo adquiere consistencia; la piedra apenas se admite, sino para murallas. Verdad es que rompe sus primitivos anillos de barbacanas y torreones, y se esparce por las inmediaciones, hasta que se encierra en un nuevo ceñidor de murallas. Ya en tiempo de Alfonso VII, erigen á San Martín algunos monjes benedictinos, mientras que por el lado contrario asoma la cabeza el arrabal de San Ginés. La idea religiosa, que es el alma de la antigua sociedad española, brota al tiempo que nace la forma semi-feudal de la población, y á medida que crece la una se ensancha la otra.

Durante la dominación de los reyes castellanos, gana grandes privilegios, pero nada gana en formas materiales. Los reyes pasan dejando pergaminos, pero no edificios. Levantan alguna que otra iglesia, alguna que otra ermita, alguno que otro recuerdo, que no vive materialmente al siguiente siglo. Sabemos que Alfonso el *Sábido* dá franquicia de caballeros á treinta clérigos, por los aniversarios celebrados en honra de sus padres; sabemos que Alfonso XI crea ocho regidores para el gobierno de la villa; sabemos que D. Juan I se contenta con dar en feudo á Leon de Armenia á Madrid; sabemos que en un monaste-

(1) A fin de evitar equivocaciones, diremos que la mandíbula de que hablamos en el artículo anterior se descubrió en el departamento de Amiens, distrito municipal de Abbeville, y sitio denominado Moulin Quignon, por M. Boucher de Perthes.

rio de la antigua corte está escondido el sepulcro de un rey infortunado y valiente, que muere bajo el puñal de su hermano; sabemos también que D. Enrique III se contenta con ir de Talavera á Madrid y de Madrid á Talavera; que D. Juan II celebra Cortes en Madrid el 7 de Marzo de 1419, y sabemos, por último, que Enrique el *Impotente* pasó allí la mayor parte de sus días, yendo desde el alcázar á San Gerónimo, y desde San Gerónimo al alcázar, ó ya saliendo, como sus antecesores, á tocar el cuerno de caza por los bosques vecinos. Todos pasan, pero ninguno deja su huella; todos dan privilegios, pero ninguno levanta edificios.

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué Madrid es el pueblo desheredado, el pueblo que está en razón contraria con su destino, el pueblo que se constituye en eterno hospedaje de aquellos reyes batalladores, y que sólo recibe por recompensa alguna que otra piadosa fundación, alguna que otra iglesia, que apenas se atreve á levantar su aguda torre sobre los edificios vecinos, alguna que otra ermita, que marca con su nombre el punto mezquino de su situación? La razón es clara. Madrid no tenía condiciones de corte. Madrid no podía ser una perpetuidad histórica, á no ser que apelase á lo imposible; Madrid sólo podía ser Madrid por un azar extraordinario. Su suelo, ondulado como un mar, no tenía condiciones para tanto; faltábanle rocas por cimientos.

Isabel la Católica, astro el más resplandeciente de nuestra historia, es la única que nos deja un bello y monumental recuerdo, en la fachada gótica del hospital de la Latina. Esta es la primera piedra que vemos, al cabo de tantos siglos; este es el primer buril que á través de las nebulosidades del tiempo descubrimos en el corazón de la heroica villa. El alcázar, adonde fué conducida en hombros de sus vasallos la reina Doña Juana, á fin de que no recibiese daño con el movimiento, por estar en cinta, en 1462, ya no existe; lo mismo puede decirse de aquel monasterio de San Gerónimo, que fundó en una altura el malaventurado Enrique IV, pues el que hoy se conserva está variado y metamorfoseado del todo, y nada queda, como hemos dicho, de aquellos reyes, sino escasas y tristes señales, pasajeras inscripciones, como la de Santa Catalina de los Donados, que, á través de una piedra del siglo XV, vemos una pared del siglo XIX, medio pintada de almazarrón.

(Se continuará.)
T. Tarrago y Mateos.

LA REPÚBLICA DE LIBERIA.

Profundamente conmovidos algunos propietarios de los más ilustrados y ricos de la América del Norte, por la miserable situación de los esclavos, y por la dificultad que en ganar la vida tenían los libres, en todos los Estados-Unidos, se reunieron hace unos sesenta años para concertar los medios de mejorar la situación de los negros.

Poco después de estos acuerdos preliminares, en 1810, tuvo lugar en Washington la primera reunión en que se haya tratado públicamente de este asunto; el resultado fué la organización de una sociedad, cuyo objeto era fundar colonias de negros libres. Ni en América ni Europa eran las circunstancias muy favorables para esta clase de trabajos, y la sociedad no llegó, que sepamos, á resultados prácticos apreciables.

Por fin, en 1820 se decidió fundar en la costa occidental de África una ciudad, destinada á ser el centro de un Estado, en el que había de ensayarse si los negros son ó no susceptibles de civilización por medio de la educación.

Ochenta negros y algunos agentes americanos fueron enviados á la costa de las Granadas, para hacer los primeros trabajos: los rigores del clima hicieron pronto sucumbir un tercio de estos fundadores de la colonia; pero los americanos no se descorazonaron por ello, y continuaron en su obra.

En 1821 adquirió la sociedad, por medio de contratos regulares, hechos entre sus agentes y algunos reyezuelos de la costa, un espacio de seiscientas leguas cuadradas, en las cercanías del cabo Mesurado, en el extremo occidental del país que conocemos con el nombre de Guinea. Aunque la compra fué hecha en regla, no bastó para la seguridad de la colonia, y sus habitantes, durante mucho tiempo, tuvieron necesidad de manejar con tanta frecuencia el fusil, como el hacha y el zapapico.

Sin embargo de las dificultades de esta fundación, tuvo la sociedad la fortuna de encontrar en J. Ashmun, negro, un hombre de elevadas dotes, y de una decisión inquebrantable en llevar á efecto los proyectos de sus patronos. Víctima de sus tareas, pereció en 1828, teniendo el consuelo de que no habían sido infructuosas. A su muerte, se elevaba al pie del cabo Mesurado una ciudad, con casas de piedra, capillas, escuelas, un hospital y un pequeño fuerte. Esta ciudad se llama Monrovia, en honor del presidente Monroë, que había sido uno de los partidarios más ardientes de la sociedad de colonización.

En adelante la existencia de Liberia podía darse como asegurada; desde esta época se estableció una imprenta y un periódico, el *Liberia-Herald*, órgano de los intereses coloniales, que no ha dejado de publicarse. Los misioneros americanos que visitaron la colonia quedaron muy complacidos de la moralidad de los negros y de la emulación laudable de adelantar que entre ellos se notaba: muchos negros libres de América engrosaron pronto el número de ciudadanos de esta joven república. A la vez que en habitantes, crecía en extensión, por adquisiciones sucesivas. La favorable circunstancia de que un jefe de la costa llamado Bah-Grey se adhirió fuertemente á las ideas de los americanos, facilitó el desarrollo del Estado, que en 1830 contaba con dos ciudades más; Edina al Sur, y la colonia del Cabo Monte al Norte de Monrovia.

En 1835, la sociedad particular de colonización del Estado de Filadelfia creó frente á Edina, sobre la orilla izquierda del río de San Juan, una nueva ciudad, Basa-Cove, que, después de algunas vicisitudes, prosperó como las demás. En 1839, los reglamentos redactados por la gran sociedad de colonización, se aceptaron por las demás, y fueron, digámoslo así, la constitución de la república.

La capital del Estado es Monrovia; la facultad de hacer las leyes reside en el gobierno y su consejo, que es una especie de cuerpo legislador; el consejo de la sociedad se reserva aprobarlas. El territorio está dividido en dos condados; uno que comprende los distritos de Monrovia, Caldwell, Millsbourg y New-Georgia; se llama condado de Mesurado; el otro, que se llama de Bassa, comprende Basa-Cove, Marshall, Bexley y Edina. El primero de estos condados envía al Cuerpo legislativo seis representantes, y cuatro el segundo.

El reglamento instituía además el juicio por jurados, prohibía la esclavitud y el tráfico de esclavos, y la adquisición de propiedades territoriales por los blancos. Esta nueva organización encontraba la colonia en una situación muy próspera; contaba nueve ciudades, cuatro imprentas, dos periódicos, veinte iglesias, diez escuelas. El gobernador, José Roberts, negro, que se encargó del poder en 1841, supo conciliar la amistad de la mayor parte de los jefes indígenas de la costa, y concluir un tratado de alianza íntima con la poderosa tribu de los crumanos, que se extiende desde los confines de Liberia al Cabo de las Palmas, en la dirección del Sur. El jefe Bah-Grey, que se había mostrado constante amigo de los liberianos, se atrajo la enemistad de los jefes del interior, que le acusaban de haberles perjudicado con la supresión del tráfico de esclavos, y para defenderse de sus ataques, anexiónó su territorio á la república.

La agricultura, el comercio, la industria, el bienestar social, en una palabra, llegaron á tal estado de desarrollo, que la sociedad juzgó llegado el momento

de coronar su obra, completando el ensayo emprendido con la declaración de que Liberia era digna de administrarse por sí sola, y la proclamación de su libertad política.

Este resultado se apresuró, además, por otra circunstancia especial.

Los buques ingleses, que venían á comerciar en las costas, se negaban á someterse á ningún impuesto, dando por razón que no era un Estado, sino la factoría de una sociedad particular. Con este motivo, se proclamó una constitución, se envió á los pueblos civilizados una declaración de independencia, y la bandera nacional de Liberia, de franjas blancas y rojas longitudinales alternadas, se izó en Monrovia y en toda la costa liberiana el 24 de Agosto de 1847.

Los principios fundamentales de la constitución de Liberia son los siguientes: el poder legislativo está confiado á un Senado y á un Congreso de diputados; los dos antiguos condados, y el creado con el territorio anexionado de Bah-Grey, que se llama de Siráí, envían dos miembros cada uno al Senado. Para ser senador se necesita residir en el país cinco años antes del nombramiento, ser de treinta y cinco años de edad, cuando ménos, y poseer unos 6,000 rs. de renta. Para ser diputado, veintitis años de edad, dos de residencia, y un capital de 2,500 rs. El poder ejecutivo se encomienda á un presidente, que debe tener más de treinta y cinco años de edad, cinco de residencia, y una renta de 12 á 16,000 rs.

José Roberts fué nombrado para este cargo al proclamarse la independencia; y vino á Europa, inmediatamente que fué elegido, para ponerse en relación con las potencias marítimas y activar el reconocimiento del nuevo Estado, en lo que no encontró dificultades.

Algunas surgieron posteriormente con Francia, á consecuencia de que el gobierno de Liberia se opone á que los agentes franceses enganchen negros, que se obligan á ir á trabajar á otras naciones, porque, fuerte con la experiencia adquirida, supone que la situación de tales enganchados, es, algo disfrazada, la de esclavos; estas diferencias, aunque produjeron el envío de un buque francés á las costas de Liberia, no han conducido á una hostilidad declarada.

El presidente Roberts desplegó grandes condiciones de hombre de gobierno, y contribuyó mucho al bienestar y desarrollo de la colonia. La instrucción pública, la agricultura, la industria, el comercio, la abolición de la trata de negros en los territorios que vecindan á Liberia, el ensanche de las relaciones con los jefes indígenas de la costa, todas las instituciones, todas las reformas útiles, fueron objeto de su solicitud. La Liberia ha ensanchado considerablemente su primitivo territorio; ha extendido su influencia en tribus indígenas, que forman una población que excede de trescientas mil almas, en la que ha penetrado el cristianismo, y aunque se ha mezclado con las creencias groseras de los indígenas, su influencia, por escasa que sea, marca un gran progreso de aquellas tribus salvajes.

En cuanto á la población liberiana, no baja de veinte mil almas; se acreció bastante en los años anteriores á la guerra civil anglo-americana, porque cuantos negros se sentían con energía para procurarse un porvenir inmigran en la nueva república.

Los recursos de la república consistían en un derecho de 6 por 100 sobre las mercancías importadas, un recargo sobre ciertos artículos, como son las armas de fuego, el tabaco y los espirituosos; un derecho de patente exigido á los negociantes, este impuesto produce cerca de medio millón de reales. La frontera marítima tiene unas cien leguas de extensión; el ancho mayor del Estado será de veinticinco. Se extiende desde el río Manna al Norte de la colonia de Maryland-en-Liberia, de que hablaremos después, que está fundada sobre el Cabo de las Palmas. Su fuerza militar es de 1,200 hombres, y basta para tener á raya los indígenas.

El comercio, que es bastante activo, gira princi-

palmente sobre productos indígenas, arroz, aceite de palmera, marfil, conchas de tortuga, cera, café, oro, palo de tinte; casi siempre hay en la rada de Monrovia buques ingleses ú anglo-americanos, y el movimiento en las calles no es menor que el de algunas pequeñas ciudades marítimas de los Estados Unidos. Los productos manufacturados se reciben de Europa y América, aunque los naturales hacen notables esfuerzos para aumentar la industria del país.

En 1858 se verificó una exposición en Monrovia, continuando después otras anuales, que tienen lugar por turno en las capitales de los distritos: los jueces de estos concursos adjudican premios, que varían desde medio á 20 duros, á los productores de las mejores mercancías, del mejor azúcar, algodón, café, etc., y á los fabricantes de los mejores efectos manufacturados.

Hace cuarenta años esta costa, casi despoblada y manchada por la trata, era de las más inhospitalarias de Africa, hoy ofrece abrigo á los buques, y en lugar de bosques y pantanos, se elevan pueblos con sus iglesias, sus hospitales y almacenes.

Tal es la obra que en poco tiempo ha llevado á cabo el trabajo inteligente y asiduo de unos cuantos filántropos anglo-americanos. En ella se vé el espíritu práctico de la raza anglo-sajona, que donde quiera que establece una colonia, implanta, en vez de reglamentos minuciosos, el *Self-government*, y con él los fundamentos de un Estado.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

D.

Dante. Conforme á la historia—del arte, es cantor eterno;—Poeta, que tiene un Infierno—por pedestal de su gloria.

Definición. En las artes—y ciencias, en mi opinión,—es la exacta explicación—de un todo y todas sus partes.

Demonio. El génio del mal,—que vejeta en el profundo;—arrendatario del mundo—y casero universal.

Derecho. Idea ó noción—de lo justo y de lo honesto,—y, según mi observación,—lo que á hablar no dá pretexto—y en lo que hay más discusión.

Descarrilar. No me aferro—en dar su definición;—en el camino de hierro—del Norte darán razón.

Desengaño. Es, á mi ver,—lo que con el tiempo obtiene—el que presta lo que tiene—ó confía en la mujer.

Desvergüenza. Cosa extraña,—aunque común, con la cual—se puede pescar sin caña.

Deuda. Los que se hallan llenos—de ellas, afirman serenos,—y no sin razón quizás,—que cuando se tienen más—es cuando se tiene ménos.

Día. Es el plazo fatal,—que de la vida en el tren—marcha á la estación final;—muy corto si se obra bien;—muy largo si se obra mal.

Diamante. Piedra preciosa,—que en su coste sobresale,—y á pesar de ello no vale—maldita de Dios la cosa.

Dicha. Lo que se apetece—por el hombre, y se persigue;—lo que en lontananza crece;—lo que nunca se consigue,—porque al tocarse perece.

Dinero. Es casi seguro—que existe; pero seguro—que, aunque en él cifro el deseo,—para salir de un apuro—lo presiento y no lo veo.

Diógenes. Un buen señor,—que á su gusto no halló un hombre.—(¡Cierta clase de mujeres—son el reverso de Diógenes!)

Do. Una nota musical,—que reporta ó no provecho;—vale mucho, si es de pecho;—cuando no, no vale un real.

Doctrina. Principio santo,—ó que del infierno emana;—Hay, aunque falso parezca,—hombres que



Puente de Six, sobre el río Gave, cerca de Gavarnie.

pisan las aulas,—que saben las filosóficas—y no saben la cristiana.

Dogal. Corbata ceñida,—cuya moda ya ha pasado;—el lazo privilegiado—con que se quita la vida—el hombre desesperado.

Dolora. Trasunto y modo—de la moderna balada:—en ella el fondo no es nada,—pero la forma lo es todo.

Dómine. En latín, señor:—según el idioma nuestro;—así se nombra al maestro—malo, remalo ó peor,—que, desasnando á los chicos—sin precaución



Granja llamada de la reina Hortensia.

ni cautela,—tiene en su casa una escuela,—que es un plantel de borricos.

Domingo. Risueño día,—que termina la semana,—en que los cristianos rezan—y los toreros trabajan.—

hombre ampara,—y el límite que separa—la levita y la chaqueta.

Doncella. Nombre que á varias—hembras se adapta y conviene;—voz que en la práctica tiene—dos acepciones contrarias.—Cuando es de labor, no hay duda—en que ha de ser habladora,—y en que, alquilando su ayuda,—dice viste á su señora,—y en realidad la desnuda.

Dormir. El verbo más tierno—del verano y del invierno,—y el ejercicio más sano—del invierno y del verano.

Dote. Lo que en mi entender—puede más que el mismo amor,—y la cualidad mejor—que tiene toda mujer.

Drama. En el teatro se llama—así la función que



Camino que conduce de San Salvador á Gavarnie.

En él se cierran las tiendas,—llénanse calles y plazas,—el ratero hace su agosto,—y el plebeyo se emborracha.—Día, en fin, que los ociosos—quisieran fuese la páuta—para arreglar á su gusto—todos los de la semana.

Don. Es la gracia completa—con que Dios al

dán,—en donde rabia el galán—y hace que llora la dama.

Dueña. Un mito que se fué:—un arqueológico tipo,—que no se explica sin hipo,—flato, tocas y rapé.



Fuente de la Ontolade.



Antigua ermita de San Pedro.

Duque. Un ente singular,—que vive para gastar,—que gasta para vivir,—que vive para dormir,—y duerme para roncar.

(Se continuará.)
M. Ossorio Bernard.



HOMBRES ILUSTRES.

FULTON.

Roberto Fulton nació en 1765 en Little Britain, condado de Lancastre, Estado de la Pensilvania, América del Norte.

Huérfano de padre á la edad de tres años, aprendió en la escuela de Little á leer y escribir, entrando poco después, en 1774, en un taller de joyero en Filadelfia, sin que su aprendizaje le impidiera dedicarse al dibujo, la pintura y la me-



Conduccion de Garibaldi á Capri.

cánica, en cuyos estudios adelantó tanto, que en 1782, cuando acababa de cumplir diez y siete años, el pincel sufragaba las atenciones de Fulton y su madre, merced á los paisajes y retratos que de puerta en puerta vendía, retratos y paisajes que le permitieron, primero alquilar una tienda en la calle Walnut y luego comprar una casita para su madre en el condado de Washington.

Habiendo conocido en las aguas termales de Pensilvania á M. Samuel Scorbitt, éste y Franklin recomendaron á Fulton á Benjamin West, que á la sazón se encontraba en Inglaterra, á donde partió Roberto en 1786, llegando á Exeter y Devonshire; en cuyo punto, desesperanzado de llegar á ceñir en el divino arte de Rafael los laureles con que había soñado, se entregó con ardor y constancia al estudio de la mecánica.

Habiéndose trasladado á Londres en 1788, decidido á sacar partido de sus estudios mecánicos, conoció y trató á su compatriota James Rumsey, quien tardó poco en hacer comprender á Fulton las ventajas que América podría obtener de la navegación por medio del vapor.

Trabajando día y noche, aislado de todo el mundo, con la austeridad del kuáker, la perseverancia del sábio, y la fé del que fia el éxito de su porvenir á la realización de un pensamiento grandioso, siendo la navegación por el vapor el sueño de su vida, ocupóse también de varios proyectos mecánicos, como aparatos para cruzar canales marítimos, máquinas para cortar y trabajar el mármol, otras para hilados, para cuerdas, etc.

Convencido de que no haría suerte en la capital del Reino Unido, en la que no obtuvo más que cartas de aprecio de algunas sociedades sábias, tres ó cuatro privilegios de invención, y una medalla de honor, se trasladó á París, en Diciembre de 1796.

Allí ya, empezaron de nuevo sus gestiones para obtener recursos con que construir un buque de vapor, gestiones seguidas del fiasco más completo, merced á las decepciones con que tropezó, los epigramas que su pensamiento le costó, y el desprecio con que en general se acogió su idea.

Habiéndosele ocurrido hacer unos torpedos, y acabar algunos aparatos de navegación submarina, que no dieron el resultado que se deseaba, resultados que hoy ha resuelto en parte la electricidad dinámica y la nitro-glicerina, el primer cónsul, Napoleón I, se rió del loco que soñaba con la navegación por el vapor; los pocos amigos que tenía le volvieron la espalda, los cuerpos científicos le abandonaron, y Roberto Fulton volvió á pisar las playas británicas, en donde estudió algunos ensayos que de su proyecto se hicieron, trasladándose luego á los Estados-Unidos, en donde, gracias á su asociado Livingstone, empezó por construir el navío de vapor *Clermont*.

Dado una vez el impulso, la construcción de vapores marchó con rapidez: al *Clermont* siguió el *Fulton I*, y á este otros muchos, tanto en los Estados-Unidos, cuanto en Inglaterra.

El problema estaba resuelto; el vapor marítimo desafiaba á las tempestades, y Fulton había escrito su nombre en el libro de la inmortalidad.

Rico y considerado, Fulton murió el 24 de Febrero de 1815, á la edad de cincuenta años, llorado de todos los amantes de la ciencia, habiendo manifestado los ciudadanos libres de los Estados-Unidos su sentimiento por Fulton, con magníficos funerales que probaron cumplidamente lo que valía el loco á quien el primer cónsul trató de farsante, á quien la Europa y el mundo nombra y nombrará con respeto, respeto y admiración que le tributó el ex-emperador de los franceses, cuando en la roca de Santa Elena recordaba lo que el imperio hubiera podido hacer con el vapor de mar.

M. Prieto y Prieto.

ANA LA LIEBRE,

POR
TORCUATO TÁRRAGO.

(Continuacion.)

V.

Primera parte de un cuento de color de cielo.

Una mañana de primavera, una de esas mañanas en que el aire tiene flores invisibles para perfumarlo todo; una mañana en que al parecer se habían dado cita cuantos ruiseñores había en la comarca para cantar un himno á la alborada; una mañana en que el purísimo azul del cielo estaba sembrado de nubes de oro, y en que el sol, perezoso y soñoliento, principiaba á bañar las cumbres de las lejanas cordilleras con un reflejo de púrpura, salió, como de costumbre, de su casa el beneficiado D. Anselmo, para decir misa en su parroquia.

Y como era costumbre también el que Rafael ayudase esta misa, el joven salió después de su tío, llevando el *Perrone* debajo del brazo, y la cabeza algún tanto inclinada sobre el pecho.

Pero no bien el tío y el sobrino habían dado cuatro pasos, cuando, abriéndose la puerta del Labrador Pedro Avellan, salió por ella María Fernandez, su esposa, acompañada de su hija Ana.

El beneficiado y María se saludaron con la cordialidad de dos buenos y honrados vecinos, mientras que Ana se puso colorada como una cereza y Rafael pálido como un difunto, cual si aquel encuentro tan sencillo los hubiese sorprendido extraordinariamente.

D. Anselmo fué el primero que tomó la palabra:

—Buenos días, vecina. ¿Cómo tan temprano se encuentra V. en la calle?

—Sabía que iba V. á decir misa, y vamos á oirla, contestó María con semblante alegre.

—Sea enhorabuena, y me alegro mucho que enseñe V. á esa niña á que sea tan buena cristiana como su madre.

—Es que mi hija, contestó María con cierto orgullo, mirando la hermosura de Ana, es hoy la que me lleva á la iglesia.

—Mejor que mejor.

—Ya se ve; ella quiere tener su trapillo aparte, y hoy lleva á misa cuatro onzas de seda que trata de echar (1).

—Pues vamos adelante, hija mía, dijo el beneficiado dirigiéndose á Ana: yo me ofrezco el bendecirte la simiente de la seda, para que Dios te dé el ciento por uno.

Dicho esto, D. Anselmo echó á andar, y todos le siguieron.

Era consiguiente que en aquella marcha, algún tanto silenciosa, Ana y Rafael se tropezasen alguna que otra vez, y aún se chocasen con los codos; pero cuando esto sucedía se separaban violentamente, como si llegasen á temer aquellos golpes de la casualidad.

De este modo llegaron al templo. Poco después se dijo la misa, la cual fué ayudada por Rafael: D. Anselmo bendijo la seda, y cuando el bueno del beneficiado se disponía á regresar á su casa, María se le acercó, y le dijo:

—Quien ha hecho lo más, tiene que hacer lo menos, vecino. Ya que nos ha dicho V. la misa y ha bendecido la seda de mi niña, justo es que se vengán ustedes á almorzar con nosotros. Hoy es el primer día de *cabaña* (2), y beberán Vds. una leche riquísima, además de una cuajada especial.

—Doy á V. las gracias, vecina; contestó D. Anselmo. Ya sabe V. mis costumbres, y á mi edad no es conveniente variarlas.

—Si es por eso, tomará V. en mi casa su perpétuo chocolate.

Atacado hasta este terreno, D. Anselmo capituló, y aceptó el desayuno. Excusado será decir que Rafael por su parte, y Ana por la suya, se pusieron locos de contento al ver que iban á desayunarse juntos.

Una vez admitido el convite de María Fernandez, se dirigieron rápidamente á la casa de ésta, en cuyo ancho portal entraron de allí á pocos momentos.

Aunque ya hemos dado una ligera idea de lo que era la casa del padre de Ana, ó sea del Labrador Pedro Avellan, conviene en esta ocasión dar nuevos detalles para conocimiento del lector.

Pasado el portal, se entraba en el patio más alegre

(1) Es costumbre en todos los países meridionales de España *echar seda*, que es por cierto un gran recurso para la agricultura. En Guadix, que es el punto donde pasan las escenas de nuestro libro, las mujeres especialmente se consagran á esta faena, y las que no tienen *morales*, que es el árbol que sirve de alimento á los gusanos de seda, compran la hoja y especulan de este modo, ganando á veces buenas cantidades. Al acercarse el mes de Mayo, las mismas mujeres llevan en el pecho la simiente de la seda, oyen misa con ella, la bendicen, y en seguida la ponen en calor para resucitarla.

(2) *Cabaña*.—Llámase así la preparación de la leche para la elaboración del queso. Dura un mes ó dos.

del mundo, cubierto y sombreado por un hermoso parral, y rodeado de una guirnalda de esas flores sencillas, que vulgarmente se llaman de *Don Pedro*, y que ya son amarillas y rojas, ya disciplinadas ó blancas.

En un extremo se veía el ancho brocal del pozo, y á su lado una gran pila, llena de agua, donde bebían, á la sazón, los *pares* (1) del dueño de la casa.

Á la entrada, por la derecha, estaba la escalera que conducía al piso superior; á la izquierda se hallaban los cuartos de los mozos y las cuajadas; en frente se veía una tosea verja de madera, pintada de color de almagra, que daba paso á un huerto de media fanega de tierra.

Lo primero con que se tropezaba, subiendo la escalera, era la cocina. En ella bien podían revolverse treinta personas con toda comodidad. Al tender una ojeda por sus muebles y dimensiones, lo que más se venía á la imaginación era el recuerdo de las célebres cocinas que ha sabido inmortalizar el pincel de Van Ostade, puesto que á haber diferencia de más, siempre estaría el mérito á favor de la cocina de Pedro Avellan.

En el momento en que penetraban por ella María Fernandez, su hija y sus dos convidados, se retiraba del fuego parte de la leche ordeñada por la mañana á fin de tomar la cuajada y prensarla en moldes preparados al efecto para sacar los quesos.

Dos mujeres, limpias como el oro, se ocupaban de esta tarea: otras dos, con lienzos blancos como la nieve, preparaban las bolas de requesones, á fin de colocarlos en azafates de mimbrés, cubiertos de verdes hojas de parra; por último, dos pastores, con sus pellizas blancas, retiraban las cuajaderas y demás útiles que habían de servir para ordeñar la leche en la velada inmediata.

La entrada de María produjo un movimiento más rápido y más inusitado en aquellos criados y criadas. Aquella ama diligente y activa lo preveía todo con su mirada, y bastaba sólo su presencia para que cada cual llenase cumplidamente su obligación, sin necesidad de palabras estimulantes y frases enérgicas y decisivas.

En pocos momentos María comunicó las órdenes que le parecieron oportunas para que se preparase el desayuno, y pasó con sus convidados á una sala, con un ancho balcón de madera que caía al huerto.

El beneficiado y María se sentaron, entablado una larga plática sobre los cuidados campestres, y Ana y Rafael se encontraron, casi sin saber cómo, en aquel ancho balcón, tan lleno de luz como fresco y perfumado por las suaves emanaciones de la primavera.

Este repentino aislamiento, que en otra ocasión hubiera pasado desapercibido, produjo en los dos jóvenes un embarazo extraordinario. Buscaban palabras que decirse, y no las encontraban; no se atrevían á mirarse, y lo que es más, apenas tenían aliento para respirar. Rafael encontró, por último, una frase que decir, pero frase que era una pura tontería en aquellas circunstancias.

—¡Qué buen tiempo hace para el campo! exclamó con el mismo tono que si hubiese pronunciado una sentencia de Platon.

Ana volvió la cabeza á esta salida, levantó el labio superior con una gracia inimitable, y contestó:

—Mi padre dice que conviene que llueva. La lluvia de primavera saca la cosecha entera.

Esta respuesta dejó estático á Rafael. Entonces comprendió que había dicho una necedad, y se puso colorado.

Pero era preciso seguir diciendo alguna cosa, ya que el silencio era peor que la conversacion, y después de dar mil vueltas á su mente, dijo otra nueva tontería, aún mayor que la primera.

—¡Qué huerto tan hermoso! ¿Lo vais á sembrar este año de pimientos y tomates?

Ana volvió á encandilar el labio, y contestó:

—Mi padre es quien entiende de eso. Mal podré decir de qué se vá á sembrar el huerto.

Rafael comprendió segunda vez su impertinencia, y se puso encendido como un chico de seis años. Estaba en el caso de enmendar tanta torpeza, y quiso buscar un nuevo motivo para emprender la conversacion. Nunca su imaginación había estado tan pobre de recursos; mas como obedeciendo á una idea que vino á dominarle, dijo al cabo de tres minutos de silencio:

—Para el día del Corpus se verifican los exámenes en el seminario, y entonces ganaré el segundo año de teología. Queda, por lo tanto, poco más de un mes.

Ana pareció admirarse al oír tan estupenda noticia, y acaso esta le dió margen para poder contestar:

—¿Con qué para el día del Corpus? ¿eh?

—Así me lo ha dicho el catedrático.

La hermosa niña se puso á quitar las hojas marchitas ó secas de un jazmín que subía hasta el balcón, y en seguida preguntó entre dientes:

—¿Es decir, que pasado ese tiempo?...

—Entraré á estudiar el tercer año de teología, respondió Rafael.

Pasó por la frente de la niña una cosa como una

(1) *Pares*.—Denominación genérica que se dá á cuatro, seis, ocho ó más pares de mulas.

nube, ménos aún, como una sombra, y guardó silencio.

Rafael lo guardó también, y así pasaron cinco minutos.

Mientras tanto, se iba preparando el desayuno, y las criadas de la casa extendían sobre una mesa un mantel más blanco que la nieve.

De pronto, dijo Ana:

—¿Qué libro es ese que llevas debajo del brazo, Rafael?

—Es, el *Perrone*, contestó el mancebo.

—Yo no entiendo eso, contestó la niña como enfadada. Te pregunto por el libro, y me contestas con otra cosa.

—Te he dicho el nombre del autor. Nosotros los estudiantes lo llamamos así; pero es, en resumen, un tratado de teología.

—¿Y para qué sirve la teología? ¿No es eso lo que estudian los clérigos? preguntó Ana.

—La teología sirve para comprender la ciencia de Dios; replicó Rafael, creciéndose dos palmos al ver que podía decir algo de sustancia delante de Ana. Respecto de tu segunda pregunta, te diré que esa ciencia es la que estudian los que se dedican al sacerdocio.

Ana se puso pálida, y preguntó:

—Según eso, tú la estudias para ordenarte.

—Mi tío lo ha deseado, y... ya se vé... como mi tío lo quiere... me verá obligado á darle gusto.

—¿Es decir que serás clérigo?

Y los brillantes ojos de Ana se clavaron en la humilde fisonomía de Rafael, con una extraña tenacidad.

—¡Clérigo! replicó el joven, sintiendo un temblor extraordinario en todo su cuerpo. ¿Y qué otra cosa puedo ser? Nunca he salido de la iglesia... Mi padre y mi madre sueñan con la esperanza de verme un día vestido con la sotana y manteo... Vuelvo los ojos á todas partes, y no descubro más esperanza y más porvenir. ¿Qué he de ser, pues?

Y á su vez los ojos del joven se fijaron en Ana, que bajó los suyos, como si se resignase á un golpe mortal.

Iba en aquel momento á replicar; pero la voz de María vino á sacarlos de aquellos primeros esplendores de la existencia.

—El desayuno está servido, dijo rompiendo aquella cadena, que sin saber cómo principiaba á eslabonarse. Niños, vamos á la mesa.

Ana miró furtivamente á Rafael, y Rafael miró furtivamente á Ana.

En aquellas dos miradas fugitivas, ¿no podía encerrarse toda una historia de sentimientos vehementes y misteriosos?

Dejamos la pregunta en el aire, para que nuestras lectoras contesten á ella.

EXPEDICION Á LOS PIRINEOS.

En el número de hoy presentamos una coleccion de los puntos de vista más notables de los Pirineos, en las inmediaciones de San Salvador.

El puente sobre el Gave, la antigua ermita de San Pedro, la fuente de la Ontolade, el camino de San Salvador á Gavarnie y la Granja de la reina Hortensia.

El sólo aspecto de los grabados deja conocer desde luego la belleza de un país que puede rivalizar sin desventaja con los más pintorescos que en Europa llaman la atención de los viajeros.

CONDUCCION DE GARIBALDI Á CAPRERA DESPUES DE SU ÚLTIMA CAMPAÑA.

Después del resultado de la última expedición de Garibaldi, éste, por orden del gobierno italiano, fué conducido á una fortaleza en calidad de detenido: algún tiempo después le llevaron á Caprera, residencia ordinaria del famoso expedicionario.

Nuestro grabado representa el momento de su desembarque en la isla al tiempo de despedirse de los voluntarios que, como escolta de honor, le acompañaron hasta su retiro.

CASTILLO DE SAN PEDRO EN VERONA.

La plaza de Verona está situada á la orilla del Adige, dominando el valle de su nombre. Por su posición particular, defiende los caminos que conducen á Alemania y á Italia, siendo como la retaguardia del famoso cuadrilátero.

La ciudad, que podía ser una de las más hermosas del Véneto, está materialmente ahogada por sus fortificaciones, entre las que sobresale el castillo de San Pedro, de tal modo artillado, que de él pueden decir los italianos lo que los ingleses de Gibraltar, esto es, ofrecer un premio al ingeniero que halle un ángulo capaz de recibir un nuevo cañón.

Las fortificaciones de Verona eran ya célebres en los tiempos del emperador Galieno y del ostrogodo Teodorico.

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN.—Representantes de la Alemania del Norte.—Cardenales nuevos.—Leyes militar y de imprenta en Francia.—Empréstito francés.—Cuestión de Oriente.—Los rusos en Gallitzia.—Italia.—Circos *duelístico*.—*La Africana* en Nápoles.—Alejandro Dumas.

Ya en una de nuestras últimas *Revistas* dijimos que el representante de Prusia en París había sido acreditado como representante de la Confederación del Norte; hoy podemos anunciar que, durante la úl-

tima semana, han cambiado en el mismo sentido casi todos los ministros de Prusia en el extranjero. Es ya, pues, un hecho consumado que Prusia ha asumido en sí la representación diplomática de todo el Norte de Alemania.

El colegio cardenalicio ha aumentado, y seguirá aumentando, pues se habla, con bastante fundamento, de nuevos cardenales, que llenen la mayor parte de las vacantes que había en aquella alta asamblea. Entre los nuevos príncipes de la Iglesia se contarán, probablemente, el arzobispo de París, Mons. Darboy, el célebre obispo de Orleans, Mons. Dupanloup, y el primo del emperador de los franceses, Mons. Luciano Bonaparte.

Las Cámaras francesas han aprobado ya el nuevo proyecto de organización militar. Ahora discuten la ley de imprenta, que, según el ministro del Interior, es el cumplimiento de las promesas hechas el 19 de Enero por el emperador. M. Thiers ha dicho con este motivo que «consideraba la libertad de imprenta como la más necesaria entre todas las libertades.» El ministro convino sustancialmente en esta cuestión con el célebre diputado.

Al presentar el ministro de Hacienda, M. Magne, el proyecto de ley de presupuestos, ha manifestado la necesidad de un empréstito, que probablemente habrá de pasar de 400 millones de francos.

La cuestión de Oriente ha vuelto á agitarse en los círculos políticos de París, diciéndose que será causa de una nueva crisis ministerial. Estos rumores son, cuando ménos, prematuros.

Rusia no se descuida, por si esta cuestión se llevara al terreno de la práctica, y concentra fuerzas de consideración en las fronteras de la Gallitzia.

Los ánimos siguen agitados en Italia; acrece el movimiento borbónico en Nápoles, y hasta se dice que Francisco II ha nombrado ya los gobernadores para las futuras provincias. También se ha dicho que Víctor Manuel pensaba dar un golpe de Estado, disolviendo las Cámaras. Ambas noticias deben ponerse en cuarentena.

En los Estados-Unidos se manifiesta ya el movimiento que precede á la elección de presidente, y, según las correspondencias y los periódicos, es el general Grant, que ya en la guerra civil adquirió una popularidad extraordinaria, quien obtendrá el voto de los Estados para la primera magistratura.

Parece que en Francia, y especialmente en París, están á la orden del día los desafíos. Constantemente vienen hablando los periódicos de duelos... y quebrantos, que por un quitame allá esas pajas se verifican entre personas conocidas, y algunas hasta respetables.

Aún no se ha decidido, en el campo de la vida práctica se entiende, si es permitido el dirimir ciertas cuestiones importantísimas de la honra con las armas en la mano; pero lo que está fuera de duda es que el venir al terreno de la fuerza por cuestiones de amor propio y baladías, deben rechazarlo todas las personas sensatas.

Vencedores y vencidos nos parecen, más que hombres, gallos; y desearíamos que, en premio á su heroicidad, los mostráran en un circo á propósito, que como el de gallos se titula gallístico, este podría titularse *Circo duelístico*.

Los napolitanos han silbado *La Africana*; esto consiste en que son apasionados de la melodía, y no les hace buen efecto la riqueza, la profusión armónica de la música alemana; debían fijarse, sin embargo, en que la melodía no falta en las óperas alemanas, y que para saborearla hay que fijarse un poco. ¿Acaso es ménos dulce el canto del ruiseñor, por hallarse este oculto en las intrincadas ramas y el espeso follaje de los bosques?

Una anécdota para concluir.

Alejandro Dumas, padre, hablaba no há muchos días de su hijo, cuyo talento y reputación son tan grandes como los de su progenitor.

—¿Sabeis, decía Dumas, una de las cosas por qué me alegro de la reputación de mi hijo?

—¿Por qué?

—Porque muchas veces hemos cenado juntos á crédito suyo en el Café Inglés.

Esto prueba que Dumas, padre, no tiene ya más crédito en los cafés de París que el de novelista.

A. Avilés.

REVISTA DE MADRID.

Algo nuevo ha ocurrido en Madrid dentro del período de tiempo que nuestra *Revista* ha de comprender.

Este algo es, ni más ni ménos, la reapertura del teatro de Variedades, en cuya escena, abandonada por el distinguido actor Mata, en fuerza del abandono del público, se ha presentado una adocenada *troupe* de actores franceses.

Estos, sin embargo, han logrado, sin mérito, lo que aquel apreciable artista español pretendió en vano. Estos dan repetidas pruebas de su escaso valer todas las noches, ante el mismo distinguido auditorio quizás que ofreció contribuir con su presencia á sostener en Madrid un teatro, en el que un actor notable no consiguió otra cosa que *predicar* en desierto. Ciertamente es que hoy se arrepienten ya de su ligereza los que se han apresurado á rendir tributo á la moda.

Las condiciones artísticas de los actores que en Variedades hemos visto; la elección de obras; los elementos todos del espectáculo, indignos son hasta de un café-concierto parisien. ¿Qué mucho no satisfaga al público que asiste al coliseo de la calle de la Magdalena? Esto no obstante, y aquí entra lo triste, lo desconsolador, y hasta lo vergonzoso del caso, la empresa de la *troupe* obtiene, sin más que intentarlo, lo que un actor digno, lo que Mata no pudo lograr, mereciéndolo.

Este actor alcanza en cambio en Murcia un triunfo cada noche: este actor consigue en dicha ciudad lo que en todas las capitales de provincia ha conseguido. Sólo en Madrid se le ofreció, al tener noticia de su indisputable mérito, protección, y sólo aquí dejó de otorgársele lo que en todas partes se le dá de justicia.

El público que dejó marchar la compañía española que ántes que la francesa actuaba en Variedades, hoy asiste á este coliseo.

No hay plazo que no se cump'a...

En el pecado llevarán la penitencia.

Pasemos á otro asunto.

Además del teatro Francés, tenemos en Madrid, ya entrado el invierno, multitud de diversiones y ocasion vária de goces inefables.

Habría quien diga que la diversion á que nos referimos no redunde en provecho de la mayoría, pero ni esto se opone á que la cosa sea en sí divertida, ni es justo tampoco exigir de nadie lo que no le parece conveniente dar.

Lo positivo es que animación sobra en los altos círculos; los teatros están á punto de perecer, pero los salones se abren, y todos los días de la semana se marcan por la recepción de la marquesa A, de la condesa C, de la baronesa X, y así sucesivamente.

Si á esto se añade que hasta se han inventado nuevas danzas é importado exóticas contradanzas, ¿será exagerado afirmar que Madrid se divierte?

* *

Una prueba más de lo dicho, la encontramos recordando el nuevo y flamante entretenimiento que absorbe en estos momentos la atención de todos, y pone en tortura los dedos de cada uno. Nos referimos á la *cuestión romana*, á esa especie de *charada* de hierro, cuya solución consiste en desligar dos báculos de alambre, eslabonados entre sí.

Para el vendedor del juguete, la *cuestión* ya está resuelta. En tres días ha vendido 50,000 ejemplares de aquel juguete, que, á razón de un real cada uno... Saquen Vds. la cuenta y... la consecuencia.

En la semana que acaba de transcurrir hemos visto aún algo más de lo que dejamos escrito.

Hemos contemplado con admiración, con estupor, casi con éxtasis, un libro importado de Francia, en cuarto prolongado, maravillosamente impreso en papel vitela, en el primer establecimiento tipográfico de París, con láminas al cromo, inmejorablemente tiradas. En resumen, hemos tenido el placer de sorprendernos examinando una de las obras más concluidas dentro del arte que inmortalizó á Gutenberg.

Pues bien, este libro es, ni más ni ménos, que un completo, extenso y circunstanciadísimo tratado, en el que se explican los adelantos todos del arte culinario; es un libro, cuya lectura alimentaria; es una fonda hecha y derecha, que puede aplicarse á domicilio; es una verdadera *apoteosis*, en que el estómago es el héroe; es, en fin, la *Iliada* de la cocina.

* *

Después de todo lo dicho, fuerza es convenir en que teníamos razón al comenzar estos renglones diciendo que en los últimos ocho días ha ocurrido algo en Madrid.

E. de Inza.

TRADUCCION DE UNA POESÍA DE VÍCTOR HUGO.

Ya brilla la aurora fantástica, incierta,
Velada en su manto de rico tisú:
¿Por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta;
Por qué cuando el alba las flores despierta,
Durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta diciendo está el día:
Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor;
El ave te dice: Yo soy la armonía.
Y yo suspirando, te digo: Alma mía,
Yo soy el amor.

Antonio García Gutierrez.

Creemos que serán leídos con verdadero placer los siguientes acertados versos, escritos por el eminente actor é inspirado poeta D. Julian Romea, en estos momentos, en que una dolorosa y tenaz enfermedad tiene postrada aquella organizacion, un día llena de vigor. ¡Quiera el cielo volver pronto la salud á aquel insigne artista, cuya vida del espíritu brilla aún en toda su fuerza!

Á MI SOBRINA CONSUELO.

Soy, aunque otra fama cobre,
Consuelo mía, tan pobre,
que bajo el glorioso esmalte
no hay estrechez que me falte,
ni abundancia que me sobre.

Por eso, Consuelo mía,
en este solemne día,
con mi gusto en desacuerdo,
es tan humilde el recuerdo
que mi cariño te envía.

Ya sé yo que por ser mio
sólo de verle te encantas,
y que apreciarás confío
que en él la imagen te envío
de la Santa de las Santas.

De la Inmaculada y pura
que con su bondad demuestra
que en el valle de amargura
es nuestra vida y dulzura,
toda la esperanza nuestra.

Yo, siempre que mi oracion
desde mi escondido duelo
alzo á su santa mansion,
siento bajar desde el cielo
alivio á mi corazon.

Y ya he pedido á su amor
que te dé, con su favor,
muchas y felices horas,
y te consuele, si lloras,
en los días de dolor.

Cuando tu familia rijas,
felices serán tus padres,
en tí sus miradas fijas,
que siempre son buenas madres
las que fueron buenas hijas.

¡Sí, Consuelo; sí, hija mía;
entre el revuelto raudal
del mundo, á que Dios te guía,
en el bien, como en el mal,
piensa en la Virgen María.

Que en su trono de rubí,
tendiendo su manto allí,
sus ojos en tu bien fijos,
ella velará á tus hijos
como ha velado por tí.

Julian Romea.

A QUEVEDO.

SONETO.

Retozon inquilino del Parnaso,
de las nueve doncellas regocijo,
con traspillado númen y canijo
á husmear tus laureles me propaso.

A coces y corcobos el Pegaso
me saque de coplero el entresijo,
pues con meollo buero y ruin alijo
no tus glorias celebro, las arraso.

Fuiste, burla burlando, azote fuerte,
cuya leccion en zumbas se divisa,
corrigiendo á la par que nos divierte;

Y, poniendo á los vicios cortapisa,
todos por tí rieron, y á tu muerte
copioso llanto desató la Risa.

Julio Monreal.

CRÓNICA DE LA SEMANA.

El día 26 se han vendido en París los árboles, arbustos y plantas que constituían los jardines y parques de la Exposicion, por el precio de 12,000 francos. Son pocos los que se presentan á comprar los restos del derribo del palacio del Campo de Marte.

El pabellon del Bey de Túnez no será demolido: la municipalidad de París lo compra, para armarlo en el centro de un paseo, que no se ha designado todavía.

El día 26, á las once de la mañana, la estacion de París del ferro-carril de Lyon estaba atestada de soldados de todas armas: zapadores, músicos de línea, gendarmes, coraceros y carabineros de la guardia. Tanto los hombres como los caballos llevaban equipo completo de campaña, y su objeto era ensayar en un tren especial el modo más rápido de desembarcar las tropas en pie de guerra. Se cree que no se podrán colocar más de ocho hombres por wagon, en lugar de doce, si se adopta el sistema de desembarque que parece haber obtenido la preferencia.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el numero próximo.)

MADRID: 1868.—Editor responsable, R. Berengüillo.
Establec. tipografico de LOS SUCESOS, á cargo del mismo
Torres, 4, duplicado.



Castillo de San Pedro, en Verona.